

La Guerra de *El País*

Pepe Gutiérrez-Álvarez

1.

“¿Qué tiene el pasado español para que su escrutinio deba de permanecer cerrado?”, se pregunta Ángel Viñas (*El País*, 19/09/08), mientras que los “horrores del nazismo, del fascismo o del estalinismo ya han sido documentados”. Desde luego la diferencia no radica en la enormidad de esos “horrores” ya que, de hecho, el tiempo no hace más que añadir revelaciones sobre más y más atrocidades. Algunas prolongadas hasta fechas recientes, como en los casos de los miles (¡) de “niños robados” en centros sanitarios privados y públicos, en especial a madres pobres y/o solteras, hecho que ante todo evidencia el grado de impunidad y el pánico de la gente llana –sobre todo de las mujeres- a las “autoridades”.

La respuesta se resume en pocas palabras: victoria militar despiadada. En la guerra, el franquismo consiguió una victoria devastadora que sería revalidada después de la II Guerra Mundial, gracias al apoyo de las democracias occidentales, que poco hicieron por atenuar una actuación represiva cuya impunidad se prolongó hasta la Transición. En el propio texto de Viñas subyace esta filosofía desde el momento que sustrae otras impunidades como las del colonialismo, o los de Hiroshima (o Vietnam) casi borradas del mapa de la historia. El no haber reconocido la derrota es lo que justifica que genocidas “democráticos” como Nixon o Kissinger, no hayan tenido que rendir cuentas ante nadie. Es más, ni tan siquiera son citados cuando los “creadores de opinión” desde el citado diario, forjados en la estela de Vargas Llosa, recitan sus listas de los grandes monstruos del siglo XX. En ella raramente se olvidan de Lenin ni de los adversarios de la política exterior norteamericana, pero muy pocas veces recuerdan a Franco.

En el caso del franquismo, hubo un momento en la segunda mitad de los años setenta, en el que las movilizaciones sociales hicieron inviable cualquier proyecto de reforma. Sin embargo, a la clase política del régimen le quedaba una carta con la que vinieron a imponer sus propias reglas, o sea “democracia sí, pero a su manera”. Dicha jugada no pudo evitar el desbordamiento de la UCD, un partido gobernante improvisado, pero la fisura sería cerrada con el 23-F cuyo efecto principal fue el actuar como “advertencia” contra una población que aún lamía sus heridas. Luego, esta espada de Damocles acabó siendo aceptada desde la propia izquierda que quería gobernar a cualquier precio. Sirvió como argumento subyacente para hacer tragar al movimiento obrero las

ruedas de molino de los Pactos de la Moncloa, a partir de cual el movimiento que había obligado a las clases dominantes a prescindir del franquismo, pasó a convertirse en el pariente pobre de la democracia. Aún así, Felipe González tuvo que emplear todas sus armas para ganar la consulta sobre la OTAN, una derrota decisiva para la izquierda antifranquista estatal.

2.

La “normalización” democrática que se hizo a través del PSOE “posmoderno” y europeísta tuvo en el grupo PRISA su complemento mediático.

Esto sucedió sobre las cenizas de lo que se llamaba el “movimiento comunista”, que arrastró tras de sí a toda la izquierda militante. Así, mientras que el PSOE pudo desplazar (y asimilar) a los restos de este naufragio, el grupo PRISA lo pudo hacer de la desmovilización que se llevaría por delante editoriales como Ruedo Ibérico, revistas como *Triunfo*, periódicos con vida propia en los que se habían logrado grandes espacios de libertad, todo vestigio de inquietud no institucional en los espacios oficiales como TVE, etc. La derrota fue tal, que la mayor parte de entidades o bien se reconvirtieron o bien pasaron a depender de sus buenas relaciones con una administración que, al decir de Sánchez Ferlosio, cuando oía la palabra cultura, sacaba la cartera.

Una de estas claves fue la convulsa historia que dejaba de ser “social” y reivindicativa para convertirse en liberal y normalizada. El pasado pasaba a ser interpretado en clave de las exigencias de un presente, de un consenso derecha-izquierda en un cuadro en el que tanto el PSOE como *El País* aparecían como “la única izquierda posible”. El PSOE “posmoderno” se presentó como una “tercera vía” entre el pasado franquista y los riesgos que comportaba cualquier desafío social. Fueron los portavoces de una “Europa social” (justo cuando comenzaba a dejar de serlo) avalada por la socialdemocracia y, a al gobernar, tuvieron la llave del relevo de la vieja administración franquista, lo que permitió convertirse en la mayor agencia de colocación para todo tipo de profesionales, comenzando por los antiguos radicales dispuestos a ascender socialmente. Mientras hubo *pesebre*, las reconversiones personales fueron incontables, y el campo quedó despejado para una nueva visión del mundo, para firmar una historia beatífica de la Transición, la misma que exigía a su vez una revisión del pasado en clave de “la tercera España”, la España de José Ortega y Gasset.

Resultó que, si al final de cuentas, la historia por sí misma no explicaba nada, sino que debe ser explicada (Maurice Godelier), ahora se trataba de hacerlo desde el ángulo de la democracia liberal, fuera de la cual reinaban los “totalitarismos” de izquierda o derecha. El modelo “liberal”, que contaba con una sólida tradición “centrista” (una buena prueba de ello la tenemos en el cine “histórico” de Hollywood que solía introducir una diagonal entre los “extremismos” de un lado u otro), era el más adecuado porque era “integrador” al

decir de Enrique Moradiellos ^{1/}. Se trataba además de defender la nueva creación como una respuesta a las turbulencias del pasado, y el asunto pasó a ser “razón de Estado”. Dado que ya no era posible una “historia oficial” única, se ofrecía una “historia oficiosa” basada en un consenso alrededor de la monarquía constitucional como el elemento central “superador”. Al decir del último Octavio Paz, al final había sido la monarquía la que había ganado la guerra.

Eso no era historia, pero si era la historia tal como importaba. Era como la maleta de aquella película de Charlot, en la que el personaje corta con unas tijeras todo lo que le quedaba fuera, o al menos fue lo que ocurrió con la izquierda realmente existente que, ya alejada de cualquier espacio de debate o de participación social, desarrolló su actuación desde la plataforma privilegiada del *El País*. Fue una empresa elaborada por un amplio equipo presidido claramente por Santos Juliá, que era uno de los *barones* del PSOE. A lo largo de tres décadas, *El País* se hizo portavoz de esta historia oficiosa que tácticamente distinguía entre lo fundamental y lo accesorio. Al tiempo que marcaba línea, permitía una delgada línea integradora aplicada en las zonas más abiertas como las páginas culturales. Esto explica que desde la sección de cine del diario la existencia de una firma de la estirpe radical de Ángel Fernández Santos, que pudo escribir su apología lírica de películas como *Tierra y Libertad*, de la misma manera que Manuel Vázquez Montalbán o Pepín Vidal Beneyto, pudieron decir la suya ocasionalmente sobre otros temas.

Cierto es que tamaña “permissividad” acababa siendo contrarrestada por una auténtica declaración de guerra contra Ken Loach, en verdad empecinada en el caso de una las firmas habituales del diario en los temas históricos (sobre todo del comunismo) como el estalinista reciclado Antonio Elorza, que no ha desaprovechado ocasión para dedicarle continuas diatribas contra lo que llamará la “*Disneylandia revolucionaria de Loach*”. En uno de sus artículos, Elorza lamentará que “*no le fue dado criticar*” la película en su día, y acusa a Loach de un panfleto que convierte al PCE en los únicos “*salauds*”. Algo semejante sucedió con el *Homenaje a Cataluña*, de Orwell, un autor al que “especialistas” como Fernando Savater le sustraen toda la radicalidad socialista. Otra firma habitual, Moradiellos, evocará su estupor cuando escuchó a unos izquierdistas británicos que ateniéndose a una lectura estrecha y sectaria de Orwell, describían la guerra sólo desde el punto de mira de la revolución (y la contrarrevolución), un reduccionismo no mayor que hacerlo al revés, o sea,

^{1/} Esta teorización del colega arrepentido Enrique Moradiellos tiene su encaje en todo tipo de textos “homologados”. Así por ejemplo, el autor de estas líneas se ha encontrado que en la descripción de la historia del siglo XX, en los catálogos de diversas exposiciones, casi se sustrae la Primera Guerra Mundial para pasar a la emergencia de los “totalitarismos” (fascismo, comunismo) y la existencia de una resistencia “democrática” apenas afectada por las grandes exigencias sociales.

sustrayendo el drama revolucionario. Y esto resulta lo más habitual, como es interpretar el historial del movimiento obrero de entonces como si su lugar hubiera sido el de pariente pobre de la Transición.

Conviene subrayar que el pacto de olvido no se dio al principio de la Transición, sino que resulta inherente a la fase *felipista*. Esto no impidió a Santos Juliá proclamar que “*Nunca hubo olvido ni silencio*”, lo que hizo con ocasión de la presentación de su libro *Memoria de la guerra y el olvido* (Taurus), en el que reunía los textos de un ciclo de conferencias celebradas en la Fundación Pablo Iglesias. Para Juliá.

En la expresión ‘recuperar la memoria histórica’ hay un equívoco. En el año 1977 ya se localizaron algunas fosas donde habían sido enterrados diferentes fusilados por la represión franquista y en 1980 ya se hicieron públicas listas con los nombres de algunas víctimas...

Los ejemplos podrían multiplicarse, baste señalar que por entonces las revistas de historia de kiosco no tenían miedo en desentrañar los capítulos más infames o que revistas como *Interviú* empleaban su lado de periodismo de investigación entrando en algunos de los capítulos de los horrores de la dictadura, apuntando incluso contra Rosón, un ministro de la UCD directamente implicado en el baño de sangre que asoló Galicia en julio de de 1936/2.

También hay que hacerlo del hecho de que hasta los ochenta, la lucha por la memoria había sido una de las piedras angulares para dinamitar la desacreditada “historia oficial” del franquismo. El propio PSOE había dedicado un considerable esfuerzo por recuperar su propio legado como un blasón necesario. El propio Santos Juliá hizo sus primeras contribuciones desde el ángulo de la izquierda socialista. Tanto era así que tras la mayoría electoral de 1982 algunas editoriales creyeron que era la ocasión para abarcar proyectos de recuperación más ambiciosos. No era otra cosa lo que se había dado a entender, y desde este punto de vista recuerdo que cuando mataron a Germán Rodríguez en Pamplona, se planteó en la mesa unitaria de L’Hospitalet una acción para cambiar los rótulos de la avenida Carrero Blanco por el de Germán. Entonces, el representante de las juventudes socialista proclamó con mucha seguridad que no nos preocupáramos, que cuando el PSOE ganará las elecciones, lo primero que haría sería quitar todas las referencias al franquismo de las calles. Las que hasta ahora se han quitado ha sido más bien por presión popular.

2/ Entre los trabajos sobre la cuestión vale la pena citar la obra colectiva, *Memoria y olvido sobre la guerra civil y la represión franquista*, coordinada por Arcángel Bedmar, y editada en Lucena (2003), producto especial del esfuerzo de Pedro Navarro, entonces concejal de IU, y uno de los líderes obreros de la LCR en los setenta-ochenta.

3.

En el desarrollo (y éxito) de este giro influyen poderosamente, en el orden interno, el “tejerazo” (cuya mayor consecuencia fue proyectar una tenebrosa advertencia sobre una población que aún lamía sus heridas de la guerra y de los años oscuros de la dictadura), y en el orden internacional la ola neoliberal según la cual el “socialismo ya no era la solución sino el problema”, por decirlo en síntesis de Vizcaíno Casas, y el “comunismo” comenzó a ser homologado con el nazismo, incluso como peor si nos atenemos al famoso “libro negro” y otros por el estilo, todos ellos muy difundidos por estos lares en los años ochenta-noventa. Es importante anotar que el retroceso que se da en el Estado español en relación a los valores democráticos y socialistas no parece superior al que se dio en países como Francia o Italia donde los valores republicanos y de la Resistencia habían arraigado poderosamente en las clases populares, y que, sin embargo, asistirán perplejas a un cambio radical de la situación, al ascenso de un revisionismo histórico que, por citar dos ejemplos, convertían a Sartre y a Togliatti en los “malos” de la película, tarea en la que las páginas culturales de *El País*, se emplearon a fondo.

Es en este cuadro en el que Felipe González siguió el consejo del general Gutiérrez Mellado de que no “soliviantara” a los altos mandos del Ejército con denuncias del franquismo^{3/}. Su obediencia quedó singularmente patente el año de la OTAN, con ocasión del 50 aniversario de julio de 1936, el mismo tiempo en el que, entre otras cosas, el ministro de Defensa, Narcís Serra (por cierto, luego uno de los actuales jerifaltes de la Caixa), prologaba un libro del Ejército escrito desde el punto de vista de los vencedores (luego se retiró); que en una jornadas sobre la República en Valencia se prohibía un cartel con la bandera tricolor firmado por Rafael Alberti; que el alcalde socialista de Granada pedía a los especialistas de un congreso sobre García Lorca que, por favor, se olvidaran de su muerte. Fue un tiempo en el que Felipe calificaba a Franco como meramente “autoritario” siguiendo las categorías habituales del “amigo americano”. De esta manera, la nueva “historia oficial” y el “pensamiento único” se daban la mano.

Claro que en 1986 se hicieron cosas oficialistas, si bien apartadas del ámbito institucional. Una de ellas, seguramente la de mayor calado popular, fue la

^{3/} No conozco ningún trabajo sobre la evolución ideológica del Ejército después del 23-F, si acaso apuntes como los ofrecido por películas tan interesantes como *Mi general* (1987) de Jaime de Armiñán, que no era Billy Wilder (ni lo podría ser en las circunstancias nacionales), pero donde se apunta un cambio. Los viejos franquistas (uno de ellos no se corta en proclamar que Hitler solamente se equivocó cuando perdió la guerra) son sustituidos por una generación más profesional. También encuentro indicativa la obra del teniente coronel José Manuel Fernández, *Diccionario de Películas. El cine bélico* (T&B/Ministerio de Defensa, Madrid, 2009), sobre todo por los comentarios sobre el cine de “exaltación patria” realizado por el franquismo, ante el cual el autor se muestra de los más complaciente.

“Como no podía ser menos, esta vía de apaciguamiento ha acabado reforzando la hegemonía cultural derechista que, después del *impasse* del final del franquismo, no ha cesado de crecer”

edición de una serie coleccionable ligada al dominical de *El País*, y que será el compendio más popular y asequible de una historia de la República y la guerra, interpretada en una clave “correcta”, y con un alcance divulgativo enorme. El libro ha conocido dos reediciones revisadas coincidiendo con sendos aniversarios (Taurus, 1996, 2006). Esta historia “correcta” fue significativamente dirigida por Edward Malefakis, catedrático de Historia Contemporánea Europea en la Universidad de Columbia (Nueva York), y cuyas concepciones históricas podrían perfecta-

mente considerarse como “centrista de izquierda”. Malefakis no se cuestiona que el enfoque sea el de la democracia liberal, y considera modélico el curso tomado por la Transición. Su línea de interpretación quedaba situada en un área identificada en lo primordial con “la tercera España”, una opción plenamente correspondiente a la política de no-intervención.

En la colección colaboran todos los especialistas homologados de la izquierda a la derecha, entre otros, el “comisario” cultural de la UCD, Javier Tusell *14*, el *cold warrior* Stanley G. Payne, el militar Ramón Salas Larrazábal, responsable de una obra tan denostada como *Pérdidas de la guerra* (1977), hasta llegar, por la izquierda, a Ángel Viñas cuyo discurso –laboriosamente documentado– toma partido por la República, por lo que parte de su obra –más próximas a las tesis afines al PCE– fue en su momento “ninguneada” en *El País*. La obra permite lecturas matizadas más favorables a la república, más comprensiva con los “africanistas”, al tiempo que Malefakis enmarca la narración con un prólogo, sobre las “*perspectivas históricas y teóricas*”, un “*balance final*”, un epílogo sobre la “*memoria histórica*” en la busca del “*justo medio*”, amén de un aporte propio sobre la “*revolución social*” en la que, entre otras cosas, trata de justificar que la guerra fue innecesaria porque no existía ninguna amenaza real de revolución y, de haber existido, piensa que las autoridades republicanas no habrían actuado como Kerenski. Para Malefakis hubo otras vías democráticas como las que se impusieron en Alemania, Austria, o Italia entre 1918 y 1921, pero parece desconocer que todas ellas acabaron más tarde o más temprano, claudicando ante el auge del fascismo. Finalmente, señalar que en un libro de 696 páginas se pasa de puntillas por el feminismo republicano y obrerista, sobre el colonialismo, y no

4/ Sobre lo que podíamos llamar el “caso Tusell” y su actuación como “comisario” de cultura de la UCD para poner las cosas en su sitio, sobre todo en TVE, me remito a mi artículo “El pacto de silencio de la transición” (<http://www.kaosenlared.net/noticia/pacto-silencio-transicion>)

digamos ya cualquier reflexión sobre como en la historia el pueblo armado ganó a ejércitos muy superiores.

El 50 aniversario también dejó patente que no se trataba solamente de omitir una culpabilidad del franquismo por cuanto dicha culpabilidad implicaba a instituciones como la monarquía, el ejército o la derecha que había dado un paso atrás –desligándose del franquismo estricto- para luego dar dos pasos adelante, sobre todo gracias al neoliberalismo. La alternativa del entramado PSOE-PRISA era mirar hacia delante, a una nueva filosofía basada en el “enriqueceos”, y en una lectura histórica unificada tanto por la monarquía como por el anticomunismo. Y es que la misma época en que se imponía lo que Pelai Pagès llama el “*revisiónismo de izquierdas*”, se convertía en principio de ley la ecuación comunismo=totalitarismo, según la cual Lenin=Trotsky=Stalin. Desde ahí a la denuncia de la utopía como un sueño que producía monstruos sólo había un paso. Desde estas almenas, el problema se daba entre una derecha que afirmaba que la revolución sustrajo el carácter democrático de la República, y una izquierda que decía que éste existió a pesar de todo. Unos y otros pasaban la esponja sobre víctimas y verdugos.

Se enfatizó tanto el carácter “*fraticida*” de la guerra que el hispanista germano Walter Bernecker, pudo escribir que si

se contempla el número de actividades más o menos oficiales u oficiosas llama la atención que en el extranjero, por ejemplo, en la República Federal de Alemania, hubiera probablemente más actos relacionados con la guerra civil que en la misma España.

Bernecker contaba que en un encuentro de especialistas a propósito de la guerra civil, si “*alguien usaba un lenguaje demasiado explícito (por ejemplo al hablar de la terrible represión por parte de los vencedores), casi se sentía obligado a pedir excusas*”^{5/}; algo que nunca haría la derecha que, situada más allá de los “extremos” –en el liberalismo “superador”-, hace el juego de manos afirmando que ellos no quieren condenar el golpe de Estado del 36 sin hacerlo antes con el del 34.

Como no podía ser menos, esta vía de apaciguamiento ha acabado reforzando la hegemonía cultural derechista que, después del *impasse* del final del franquismo, no ha cesado de crecer. Tampoco ha dejado de santificar sus “mártires” (¿mártires golpistas?), con la bendición de sectores del propio PSOE como el representado por José Bono, ni de defender sus calles, plazas, sus lugares sacros para Queipo de Llano o Yagüe. La Esfera de los Libros, editorial ligada al Grupo Mundo, amalgama títulos de Pío Moa y Stanley G. Payne con los de Luís E. Tagore y otros que escriben a la mayor gloria de

5/ Citado por Albert Reig Tapia, en “El recuerdo y el olvido: los lugares de la memoria del franquismo”, incluido en el libro colectivo citado (nota 2), pp. 76-77.

generales como Millán Astray (“hijo predilecto” de La Coruña por el PP) o Muñoz Grandes, todo ello dentro de la mayor normalidad democrática. Habría que estudiar programas de TVE como *Cine de barrio* para desentrañar hasta qué punto sigue vigente el franquismo de boina o de teléfono blanco.

Este emporio basado en el matrimonio entre las tradiciones patrias y el pensamiento “neocon”, ha ido acumulando zonas de poder que van mucho más allá de lo que queda de aquella “única izquierda posible” tan bien representada por el binomio PSOE-PRISA. Expresión de este ascenso será el llamado “*revisionismo*” que nos responde a ningún prurito académico pero que sirve a su señor, o sea a la FAES, la COPE, y claro está, el PP que la emplea pródigamente en los debates. Es un movimiento flexible que se articula con un ala “dura” como Pío Moa o César Vidal, y otra “blanda” del tipos como García de Cortázar para el que la Iglesia fue la primera víctima de la contienda, o de Stanley Payne que niega abiertamente el carácter “democrático” de la República. El alcance de este movimiento ha quedado retratado con el escándalo de “diccionario biográfico” elaborado por la Real Academia de Historia, escándalo que probablemente no habría saltado a las portadas sin la intervención de *Público*, así al menos lo declaró su presidente, Gonzalo Anes.

Resulta curiosa la crítica a esta institución, atacada desde *El País* por sus “excesos”. El mismo diario había argumentado una y otra vez que nuestra historia debería ser un asunto de “profesionales” –punto en el que Julián Casanova sería especialmente incisivo-, y en contra de lo que otro historiador “orgánico” de la casa, Fernando del Rey, llama la “*historia militante*”. Parece poco posible ser más “profesional” que un señor académico, que un doctor en la materia con todos los títulos académicos homologables, por más que con su ciencia describa a Franco como un “*buen católico*”, y no tenga la menor duda de que Dios se le apareció a “*San*” José María Escrivá Balaguer. En cuanto a lo de “*Real*”, se ha de entender al servicio de su majestad, y sin embargo, nadie habla aquí de militancias, pero *haylas*.

La edición de este Diccionario, facturado por la FAES, resultó casi coincidente con la de otra obra colectiva que tuvo todos los parabienes del “*diario independiente*”, *Palabras como puños* (Tecnos), obra colectiva de Fernando del Rey, y en la que se establece una diagonal “liberal” según la cual, los “*moderados bien podría haber sido fusilados ‘por los unos y los otros’*”, con lo que se establece nuevamente la equidistancia, y se interpreta la contienda como el “*fracaso de los moderados*”, sobre los que habría que decir que, siguiendo la política “liberal” de “apaciguamiento practicada en Europa por Chamberlain y Daladier, no movieron un dedo por neutralizar una conspiración sobre la que tenían una información de primera mano. El análisis no se hace sobre la base de la realidad de los años treinta –atraso social y cultural, una derecha reaccionaria que no aceptaba la menor reforma y que contempló con entusiasmo el ascenso de Hitler-, sino

sobre el paradigma de la democracia como un “Estado de Derecho”, o sea el “realmente existente”.

Esta línea general subrayada por el diario en editoriales, tribunas y publicidad reiterada de los productos afines, se ha mantenido con pocas variaciones al cabo de los años. En una línea que presidía el enfoque del 75 aniversario de julio del 36 donde, entre otros ejemplos, se reunía a dos supervivientes: un republicano “moderado” y un “franquista acérrimo”, y era éste el que proclamaba haber visto barbaridades desquiciadas perpetradas por los “rojos” que, de ser ciertas, habrían sido publicitadas *urbi et orbi* por el franquismo, el mismo que, con ocasión de los Juicios de Nüremberg contra jefes nazis, pidió desde la prensa adicta que éstos se extendieran... a las autoridades republicanas. No hay que decir que el “diario independiente” ha mostrado siempre su rechazo al movimiento de la “memoria histórica” surgido al margen de los cauces establecidos desde la izquierda institucional. Los elementos que lo han provocado –la gente que no se ha resignado, los historiadores fuera de nómina que han investigado especialmente el rastro exterminista del franquismo, y la emergencia de unos “nietos” alejados de los traumas de antaño, y más ligados a los nuevos medios que a los del papel-, lo han tenido que hacer desde las cunetas de la vida oficial. Solamente en muy pocas ocasiones *El País* ha informado cabalmente de su historial, y cuando lo ha hecho ha sido desde la resistencia. Esta se ha expresado claramente a través de algunos de sus voceros más ilustres que tuvieron, en un programa de TVE, la ocasión de explicar dicho rechazo en base a decenas de artículos de autores como Joaquín Leguina, Jorge Martínez Reverte, Antonio Muñoz Molina/6 o de la luxemburgista arrepentida Elvira Lindo.

También fueron invitadas al programa de TVE en hora punta “Tengo una pregunta para mí; ¿vivimos en deuda con el pasado?” cuatro firmas habituales de *El País* (Santos Juliá, Álvarez Junco, Javier Pradera y Julián Casanova). Todos insistieron en la necesidad de apaciguamiento de una derecha que estima como una “provocación” desenterrar los casi 2000.000 republicanos asesinados lejos del frente. De alguna manera, calificaban al movimiento de la “memoria histórica” como irresponsable, politizado y no profesional. Álvarez Junco anotó que la ley emitida por el gobierno sobre las “fosas del silencio” no se podía hacer, primero porque el Estado actual era “continuista” en relación al anterior, y segundo porque lo último que quería era aceptar una políti-

6/ Lo de la guerra y el franquismo es uno de los temas favoritos de Muñoz Molina que, entre otras cosas, describió como una suerte de provocación la tentativa de anular el juicio contra Miguel Hernández. Lo cito también porque tengo en mi mesa un artículo suyo sobre la deshumanización del terrorismo, fenómeno totalmente circunscrito a ETA y Al Qaeda. Por lo visto, destruir Irak (o antes Vietnam), no entra en tal categoría. Muñoz Molina es uno de los escritores más representativos de la “tercera España”.

ca de reparación. Pradera fue más explícito: se aceptaba una injusticia por un bien mayor, la paz social. Moradiellos añadía a estos comentarios los suyos propios: la verdad histórica no se puede establecer al margen de una situación de riesgo, “*que reine la verdad y que se hunda el mundo*”, decía.

Hoy podemos contemplar toda esta historia desde una perspectiva, desde la crítica que permite todo el trabajo llevado a cabo por investigadores que han reconstruido minuciosamente todo lo ocurrido, y desde el que nos permite visionar todo un cambio de época. Está claro que *El País* ya no es lo que era, ya no es la única puerta por la que había que pasar, existen otros medios no adictos al poder que cuentan con una creciente credibilidad entre unas nuevas generaciones que han crecido en la desconfianza. Una parte sustancial de ellas, ya había tomado una parte decisiva en los movimientos por la memoria, y otras se están haciendo, y se están encontrando con la lucha por la historia. Sin esa generación, por ejemplo, no se explicaría el considerable aumento de la bibliometría sobre la crisis española, ni el peso creciente de las voces que antes no habían querido salir en la foto.

Pepe Gutiérrez-Álvarez es miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR*.